

instalaciones de la industria de los curtidores o zapateros. Las últimas páginas de este capítulo narran los incidentes de la lucha entre los obispos y los señores, que adquirió su mayor violencia en el siglo xv.

La segunda parte: *La diócesis de Túy*, abarca tres capítulos: a) *La independencia de las iglesias*; b) *Obispos y canónigos en los siglos XIII-XV*; c) *La vida intelectual y moral*. Cada uno de ellos constituye una monografía.

La parte tercera: *Historiografía de Túy*, consta de dos subtítulos: a) *Los historiadores de la diócesis*. b) *¿Hacia una nueva España Sagrada?*

La obra termina con una interesante relación de libros, en la que prescinde —muy acertadamente— de todo lo superfluo e inerte (lastre bibliográfico), utilizando lo verdaderamente aprovechable.

La colección diplomática, inserta como apéndice del magnífico estudio, se compone de XXIX documentos, modelo de escrupulosa transcripción. En la próxima edición que el doctor Galindo prepara, esperamos que completará algunas fórmulas protocolarias y finales que la premura del tiempo —no hay que olvidar que el discurso le fué encargado con dos meses de anticipación— le obligó a suprimir, indicándolas con puntos suspensivos.

Igualmente suponemos que el ilustre catedrático de la Universidad de Zaragoza acoplará las notas al texto, ya que en la disposición actual son de difícil consulta al correr de la lectura.

E. PÉREZ BUSTAMANTE.

F. LÓPEZ MONTENEGRO: *Apuntes para la historia de la formación social de los españoles*. Madrid, 1922; impr. R. Velasco, 491 págs. 8.º

Sorprende en la moderna historiografía jurídica española la cantidad, cada vez más considerable, de libros extraños a la investigación científica. Elaborados con una técnica primitiva y balbuciente; escritos con frecuencia en tono personal y dogmático; no desprovistos de notas grotescamente infantiles, constituyen un género de literatura rudimentaria del que sería deseable prescindir. El contraste entre esta producción pueril y la científica es más brusco cuando, como ocurre con el libro de López Montenegro, se trata de las clases sociales, asunto ilustrado por maestros de la categoría de Muñoz Romero, Pérez Pujol e Hinojosa.

El autor ha construido su libro con media docena de textos, algún compendio de Historia de España y sus propias aportaciones. Mientras transcribe la labor ajena, el señor López suele reducirse a exponerla en un lenguaje francamente incorrecto desde el punto de vista gramati-

cal; pero cuando se arriesga a separarse de las opiniones corrientes, los resultados son más trascendentales. El autor piensa que nadie sino él se ha dado cuenta cabal de los asuntos de que habla: y movido por tan lisonjera persuasión, se lanza a bosquejar *su* sistema de la evolución social española.

Ella está determinada, a su juicio, por la lucha entre dos opuestos elementos: comunistas y no comunistas. Comunistas son los iberos y los visigodos; no comunistas, los que el autor llama neo-germanos, francos y sajones que invaden España, según el señor López nos enseña, en la primera época de la Reconquista. Cuando los comunistas triunfan, todo es barbarie y decadencia; cuando los no comunistas vencen, todo es prosperidad y progreso. Los comunistas africanizan, los no comunistas europeizan. Se ve que no puede ser más simple la mecánica de nuestra historia.

No contento con su descubrimiento, el señor López nos obsequia con profecías sobre los destinos de España, disquisiciones acerca del barbecho, apologías de la cocina nacional y máximas filosófico-políticas del más subido valor. Abomina de los comunistas rusos; habla con desdén de los intelectuales españoles; nos da satisfactorias noticias de su parentela... Inútil sería advertir que todo ello lo escribe el señor López seriamente, sin pretensiones de humorismo.

Pensando, como queda consignado, que sólo él da a los personajes y a los fenómenos históricos la interpretación exacta, nadie extrañará su creencia de que ni nuestros investigadores ni los de Europa han comprendido la figura del Cid, o los fueros municipales, o el significado de la Reconquista. De aquí el entusiasmo con que escribe (pág. 219): "es todo esto que vengo diciendo, tan distinto de lo que se ha creído y se ha enseñado y se cree, que es difícil acertar a expresarlo". Ni siquiera la ortografía inglesa se libra de sus innovaciones, y fabrica palabras como *noblemen* y *gentlemen*.

He aquí otras afirmaciones espigadas en los plúmbeos y farragosos capítulos de este libro: Alfonso X fué un rey comunista; el Fuero Viejo es, en gran parte, la deformación del puro régimen sajón particularista; Roma no logró hacer evolucionar a los españoles; al lado de la Iglesia de Cervatos la Alhambra no ofrece interés artístico; "cuando" la invasión árabe, aún subsisten los antiguos iberos (los iberos son inmortales); los fueros municipales contribuyen a que el espíritu ibero-africano se vaya sobreponiendo al europeo... El señor López lo mismo decreta la inexistencia de la civilización árabe o del arte románico español que la existencia del feudalismo en León y Castilla; lo mismo nos descubre "la razón social Cid, Primos y Compañía", que nos confía que Alfonso *el Sabio* "se pasó de listo". Le "da pena" leer lo que se ha publicado acerca de los fueros municipales, y sostiene que Soria no ha tenido fuero escrito antes de Alfonso X; de Muñoz Romero asegura que "no convence al discurrir" (él, el señor López, por su parte, escribe "de memoria": pág. 81).

No es preciso dar más extensión a esta nota. Basta y sobra con lo consignado para que el que maneje la obra sepa anticipadamente lo que ha de encontrar en ella. Tampoco hubiera sido lícito silenciar en la sección bibliográfica del ANUARIO un libro que constituye ejemplo típico de un modo muy usual en la producción española sobre temas históricos. Su autor adivina el pasado por vía intuitiva; mérito no menor que la predicción del porvenir.

G. S.